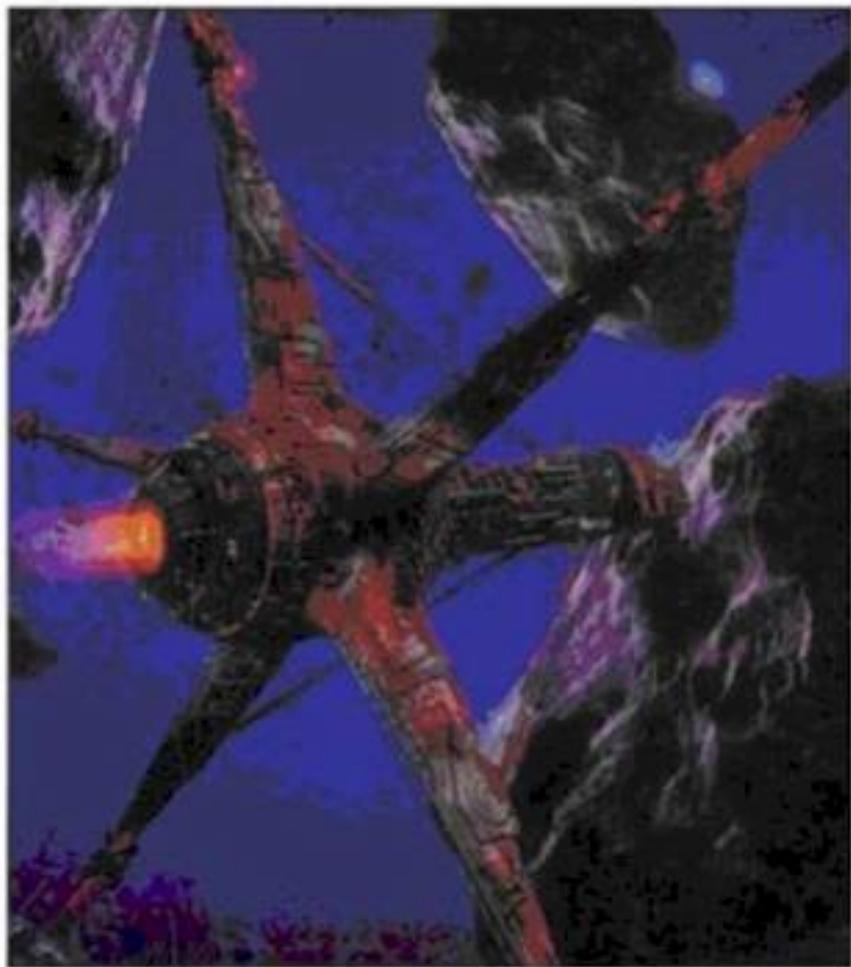


**JOE HALDEMAN**



**COMPRADORES DE TIEMPO**

«Me gustó de verdad y os la recomiendo encarecidamente.  
Es Haldeman en la cúspide de su mejor forma.»

Tom Easton, ANALOG

«Una mirada a la inmortalidad desde un nuevo ángulo.»

Tom Whitmore, LOCUS

A finales de siglo XXI, un conjunto de complejas técnicas quirúrgicas, el Proceso Stileman, ha creado un nuevo tipo de seres: los "inmortales", que pueden entregar como pago todas sus posesiones (siempre que superen el millón de libras...) para alcanzar el rejuvenecimiento. Pero los efectos del Proceso duran diez años, y los inmortales Stileman disponen sólo de una decena de años para obtener, de nuevo su millón de libras con el que comprar una nueva ración de tiempo y eludir la muerte. Las exigencias de la Fundación Stileman crean ineludiblemente una nueva sociedad en la que sólo un millar de personas es capaz de cosechar una fortuna cada diez años. Pero surgen problemas: algunos antiguos inmortales fallecen por lo que parece ser el resultado de una degeneración cerebral, aunque Dallas Barr, uno de los más veteranos inmortales Stileman, supone que puede tratarse de asesinatos.

## PRESENTACIÓN

*Los habituales duendes del mundo editorial han hecho que esta novela de Joe Haldeman lleve el número 76 de nuestra colección pero aparezca en septiembre de 1995, mientras que El ENGAÑO HEMINGWAY, que lleva el número 77, ha aparecido anteriormente, en junio del mismo año. Por ello, remito al lector interesado a mi presentación de El ENGAÑO HEMINGWAY en la que, en cierta manera, daba la bienvenida a Joe Haldeman a nuestra colección.*

*Ambos libros dan muestra de la versatilidad narrativa de uno de los mejores autores de la ciencia ficción contemporánea. El ENGAÑO HEMINGWAY es una obra francamente sorprendente y brillantemente lograda, una especulación inteligentísima sobre la historia de la literatura y las consecuencias de un intento de alterarla. Al mismo tiempo, es una novela que trata un tema clásico en la ciencia ficción: los universos paralelos o alternativos. Una obra de corta extensión pero de gran ambición temática y estilística. Una novela publicada en 1990 que, merecidamente, obtuvo los premios Nébula y Hugo.*

*Compradores de tiempo, aparecida un año antes, en 1989, nos acerca a otro tipo de novela en el que Haldeman ya ha destacado otras veces: un thriller de acción y aventuras en un mundo futuro construido con precisión y verosimilitud. COMPRADORES DE TIEMPO se inscribe en cierta forma en la línea de, por ejemplo, Recuerdo todos mis pecados (1977) y Tool of the trade (Herramienta de intercambio, 1987).*

Compradores de tiempo nos lleva a finales del siglo XXI, donde un conjunto de complejas técnicas quirúrgicas, el Proceso Stileman, ha creado un nuevo tipo de seres: los «inmortales Stileman», que pueden entregar como pago todas sus posesiones (siempre que superen el millón de libras...) para alcanzar el rejuvenecimiento. Pero los efectos del Proceso sólo duran diez o doce años, y los inmortales Stileman disponen sólo de una decena de años para obtener, de nuevo, su millón de libras con el que comprar una nueva ración de tiempo y eludir la muerte.

Como no podía ser menos, las rígidas exigencias de la Fundación Stileman crean una nueva sociedad en la que sólo un millar de personas resulta ser capaz de cosechar una fortuna cada diez años. Pero surgen problemas: algunos antiguos inmortales fallecen por lo que parece ser el resultado de una inevitable degeneración cerebral. El protagonista, Dallas Barr, uno de los más veteranos inmortales Stileman recién salidos de un proceso de rejuvenecimiento, empieza a sospechar que puede existir también una conspiración contra algunos inmortales Stileman.

Gracias a estos elementos y a la habilidad narrativa de Haldeman, la aventura está servida con el ritmo trepidante de una novela hard-boiled y el trasfondo de un mundo de ciencia ficción construido con seriedad y verosimilitud. Haldeman es a la vez imaginativo y realista, y hace creíbles los variados elementos que pueblan la novela: la sociedad en la que se mueven los inmortales Stileman, su larvado enfrentamiento con los «efímeros» —incapaces de obtener el millón de libras que exige la fundación—, la existencia de Imágenes Turing que almacenan cerebros humanos, la elitista nave o estación espacial Adastra y su futuro viaje hacia las estrellas, los habitantes del cinturón de asteroides y su nueva sociedad, etc. Y todo ello, en el trasfondo de una narración de gran amenidad que varios comentaristas han reconocido como uno de los mejores thrillers de la ciencia fic-

*ción. Si para muestra vale un botón, éste es el comentario de Roger Zelany:*

Joe Haldeman siempre cumple, y COMPRADORES DE TIEMPO no es una excepción. Un thriller del mejor nivel.

*Aunque este aspecto sea el más evidente de COMPRADORES DE TIEMPO, la variedad y seriedad de los detalles con los que Haldeman ambienta la novela han sido también destacadas, como hace, por ejemplo, Tom Whitmore en LOCUS:*

COMPRADORES DE TIEMPO es una mirada a la inmortalidad desde un nuevo ángulo. [...] Haldeman narra una historia interesante, con detalles que hacen creíble ese mundo. Los personajes son simpáticos y los misterios son razonables hasta el final.

*Pero, puestos a elegir, yo me quedo con el comentario de Tom Easlon de ANALOG, precisamente porque Easton intenta trascender esa visión de narración de aventuras para, en mi opinión, acercarse al sentido final de la novela. Para Easton, lord Stileman, el creador del Proceso Stileman, es un idealista absoluto, y para evitar los problemas de exceso de población que la inmortalidad va a plantear, establece la norma de que el pago del Proceso sea toda la fortuna que se posea, siempre y cuando exceda del millón de libras. Una decisión elitista pero que parece solucionar el problema. Easton, comentando la peripecia de los protagonistas (Dallas Barr y su novia María Marconi), dirá:*

Ganan, por supuesto. ¿Qué lector experimentado habría sospechado otra posibilidad? Pero llegar hasta el final es muy divertido, y ese viaje es la manera que tiene Haldeman de decirnos que puede parecer que los idealistas absolutos ofrecen ideas hermosas, lógicas, sanas y bien diseñadas para mejorar la humanidad, pero que hay muchos más egotistas pragmáticos esperando simplemente poder aprovecharse de las inevitables rendijas. La realidad requiere comprometerse. También el hacerse adulto.

Me gustó de verdad y os la recomiendo encarecidamente. Es Haldeman en la cúspide de su mejor forma.

*Vista desde esta óptica, COMPRADORES DE TIEMPO ofrece mucho más de lo que, a primera vista, parece ser: una interesante novela de aventuras en un mundo futuro bien imaginado y con una rica variedad de detalles. En resumen: una lectura interesante, amena y adecuadamente sugerente. Yo también la recomiendo.*

*Y, para terminar, un comentario editorial y algunos anuncios.*

*Puede sorprender a nuestros lectores la publicación tan seguida de dos novelas de Joe Haldeman pero, como casi todo, tiene su explicación. En primer lugar, la disponibilidad de estos títulos inéditos hasta hoy en España nos sirve para dar una especial bienvenida en nuestra colección a uno de los grandes autores del género. En segundo lugar, se trata de un anuncio de la futura publicación de su próxima novela: LA PAZ INTERMINABLE, que verá la luz en Norteamérica y en España en 1996.*

*Además, Joe Haldeman (con su inseparable esposa Gay) ha prometido venir pronto a Barcelona, invitado por la UPC para dictar la conferencia de rigor en el acto de la entrega del quinto Premio UPC de ciencia ficción. El acto está previsto para la mañana del miércoles 13 de diciembre en el Campus Norte de la Universidad Politécnica de Cataluña en Barcelona, y Joe Haldeman disertará sobre «Science Fiction, Tool for Learning». Con toda seguridad se aprovechará la visita para organizar otros actos, como encuentros, cenas o debates, y por ello les remito a la fuente segura de mayores detalles: los próximos números de la revista Bem (recuerden: P.O. Box 2061, Andorra o, mejor: Fax 07-3768-61374).*

*En cualquier caso, tal vez llegue a organizarse una firma de libros, y dos nuevas novelas de Haldeman publicados recientemente en España pueden ser buenas candidatas. No nos hemos querido resistir a hacer posible que algunos*

*de los libros que Haldeman tenga que firmar, en su próxima estancia en Barcelona, hayan sido publicados por NOVA ciencia ficción, que expresa así su voluntad de ir ofreciendo a sus lectores la nueva producción de un maestro indiscutible de la ciencia ficción.*

MIQUEL BARCELÓ

*Este libro está dedicado a la gente interesante  
que investiga sobre la prolongación de la vida, la  
criónica y otras aproximaciones semejantes a la in-  
mortalidad.  
Ojalá sobreviváis a vuestros críticos.*

**P**asados los primeros cien años, algunas personas dejan de correr riesgos. Un cuerpo joven y nuevo —por lo menos, uno saludable— cada diez o doce años, despierta la fuerte tentación de agotarlo. Pero, si uno ha intentado ocupar los siglos haciendo alpinismo, submarinismo sin escafandra, descensos arriesgados y cosas por el estilo, tarde o temprano las probabilidades estarán en tu contra. Las Clínicas Stileman te librarán del cáncer y la esclerosis, y conseguirán que tus órganos vitales, tus músculos y tus huesos estén como nuevos... pero si pierdes un ala en una tormenta repentina estarás tan muerto como cualquier mortal. Como cualquier «efímero».

Dallas Barr ignoró esa realidad durante casi un siglo. Dio la vuelta al mundo en un balandro de doce metros, se enfrentó a terribles corrientes para nadar por los corredores solitarios del *Titanic*, y se reconcilió consigo mismo en una vigilia de todo un invierno antártico. En la Luna, ascendió el farallón y vagó por el desierto de Platón en busca de fuegos fatuos. Consiguió formar parte del primer equipo que escaló el Monte Olimpo, en Marte. Entonces, justo antes de su noveno rejuvenecimiento, cuando realizaba un descenso por una de las caras fáciles de las Montañas Azules, en Australia, una cuerda de seguridad se rompió, proporcionándole tres segundos de ingravidez antes de que se rompiera la espalda.

Eso casi le mató por dos veces. Es difícil amasar una fortuna si estás inmovilizado, con todo el cuerpo escayolado, y tienes que concentrarte en un dolor constante o estás atontado por algún analgésico. Sin embargo, la novena fortuna

resulta más sencilla que la primera, y alguien que no posea talento para ganar dinero ha de acostumbrarse a la idea de hacerse viejo.

(El mismo lord Stileman sólo vivió hasta los ciento cinco años, momento en el que murió en el llameante interior de un coche de carreras antiguo. Por aquel entonces, sus clínicas ya eran la segunda fundación más próspera del mundo y les faltaban pocos años para estar en primer lugar).

Las únicas personas que recibían la inmortalidad gratuitamente eran el rey Ricardo, unos cuantos políticos y administradores y, aproximadamente, unos cien médicos, cada uno de los cuales guardaba una parte del complicado secreto del Proceso Stileman. Los demás compraban los siguientes doce años bajo las mismas condiciones: cediendo todas tus posesiones mundanas a la fundación. Y no te molestes siquiera en coger el talonario de cheques si posees menos de un millón de libras.

Tu perenne millón de libras no compraba la verdadera inmortalidad, no en un sentido literal. Las Clínicas de Regeneración Stileman podían mitigar la descomposición del tejido cerebral; pero no conseguían detenerla por completo. Nadie había vivido lo suficiente como para probarlo; sin embargo, según las extrapolaciones hechas por las clínicas, daba la impresión de que el techo máximo sería inferior a mil años. Tarde o temprano tu cerebro se nublaría, y cuando te llegara el momento, serías incapaz de ganar un millón de libras. Envejecerías y morirías.

Dallas Barr no pensaba mucho en ello, a pesar de haber formado parte del primer grupo Stileman y, por lo tanto, de ser una de las personas más viejas del mundo. Los que andan sobre la cuerda floja, no se preocupan por los récords de distancia.

Cuando cayó por la cara de aquel risco, Dallas se encontraba en el noveno año de su rejuvenecimiento actual. Una partida desastrosa de póquer en Adelaida, que él había esperado que le situara más allá de la marca del millón

de libras, le dejó con menos de cincuenta mil dólares australianos. Tenía unos dos años para multiplicar esa cantidad por sesenta.

La mayor parte de la gente con la que trató en los siguientes dieciocho meses no le conocía como Dallas Barr, el ilustre play-boy americano. Muchos tampoco sabían que se trataba de un inmortal.

Poseía una serie de identidades repartidas por todo el mundo, casi todas con referencias impecables, aunque en ese momento anduvieran escasas de liquidez. Se avaló a sí mismo y, entonces, con unos intereses de usura, se prestó dinero, del cual invirtió una parte discretamente y la otra de modo visible, tejiendo una madeja de pagarés, apretones de manos y confidencias susurradas que, casual e inevitablemente, comenzaron a generar dinero auténtico. Logró su millón y lo guardó en un lugar seguro; luego, pasó un par de meses asegurándose de forma discreta de que, cuando Dallas Barr saliera de aquella clínica siendo joven una vez más y estando casi en la miseria, no permaneciera arruinado mucho tiempo.

Tomó la decisión de ser Dallas Barr por tercera vez, aunque ello significaba una inmortalidad pública. (Ya había sido famoso anteriormente en una ocasión, como Georges Andric, quien «murió» al intentar escalar el Everest solo). La notoriedad era a veces agradable y siempre provechosa, aunque suponía cierto riesgo. A pesar de la evidencia de lo contrario, existía gente que creía que los inmortales de Stileman conformaban una secta secreta que gobernaba el mundo. No había ninguna estadística —si las clínicas guardaban los historiales jamás los revelaban—, pero parecía probable que la segunda causa más frecuente de muerte entre los inmortales fuese el asesinato, casi siempre espectacular, a manos de algún demente que creía estar salvando al mundo de alguna conspiración.

Ningún inmortal recordaba jamás con exactitud lo ocurrido durante el mes de terapia de rejuvenecimiento. Ello

se debía más a razones de cordura que de seguridad. En las primeras tres semanas de agonía constante, inimaginables, te separaban pieza por pieza y te volvían a juntar; la última semana consistía en dormir y en olvidar.

Cuando abandonó la clínica de Sídney en aquella novena ocasión, Dallas Barr se sintió, como siempre, renovado, aunque profundamente desconcertado: era un hombre fuerte de ciento treinta años que no podía recordar las nueve veces en las que había rogado la liberación de la muerte.

### **Stileman, Geoffrey Parke, parlamentario, 1950-2055**

Por supuesto, como mejor se recuerda a lord Stileman es como fundador de las clínicas de la inmortalidad que aún llevan su nombre; pero, incluso antes de ese logro, era una prominente (quizá notoria) figura pública.

A pesar de haber nacido en el seno de una familia de considerable riqueza, desde temprana edad Stileman fue un enemigo declarado del privilegio. Como parlamentario del Nuevo Laborismo, se mostró contrario a las posturas rígidas, siguiendo, al parecer, los dictados de su conciencia, aun cuando ésta le llevaba al terreno de los Tory. De modo que jamás llegó a ser un triunfador como político, incapaz como era de llegar a compromisos; sin embargo, su capacidad para la retórica y su gran presencia ante las cámaras de televisión le convirtieron en un candidato valioso para una serie de causas liberales y de liberación.

En 1991, un grupo de investigadores médicos fue a verle con el perfil de lo que sería el Proceso Stileman. Fue uno de ellos, y no el propio Stileman, quien pensó en la idea de utilizar el proceso como una forma de delimitar la acumulación de riqueza personal: más allá de una edad determinada, con el fin de seguir con vida, una persona rica debía convertirse en alguien relativamente pobre cada diez años.

Una vez que se demostró la viabilidad del proceso, lord Stileman se encontraba en posición de chantajear a cualquiera que prefiriera la vida a la muerte. (No todos lo quisieron en un principio; muchas fortunas se fueron a la tumba con sus dueños). No empleó su poder para aumentar considerablemente su propia fortuna, sino que fomentó las donaciones y las inversiones en terrenos por los que él se interesaba apasionadamente: dicho estímulo provenía del complejo documento legal que uno debía firmar para el segundo tratamiento y todos los posteriores. Éste no sólo requiere un enorme desembolso a la clínica por los servicios prestados, sino que prohíbe «ciertas clases de inversión»: no puedes prestarle a nadie, ni a ninguna corporación, una importante cantidad de dinero a devolver después del tratamiento. Ni siquiera puedes regalarla, excepto a algunas instituciones de caridad e industrias autorizadas.

No resulta exagerado decir que, a través de este estímulo selectivo, lord Stileman financió la presencia británica y americana en el espacio en el siglo XXI. Ni el complejo de satélites Britannia ni la malograda colonia lunar Downside —por no mencionar el proyecto quijotesco de los propios inmortales, el Adastra— habrían sido posibles sin los miles de millones que se transfirieron de las cuentas de los millonarios que no deseaban ceder toda su fortuna a las Clínicas Stileman...

*Enciclopedia Americana*, edición del 2068

La clínica le proporcionó un maletín barato con una muda y dos mil dólares en billetes pequeños. Comió en una cafetería (utilizó el teléfono del bar para hacer unos arreglos con una agencia de guardaespaldas de la localidad) y se inscribió en un hotel de mala muerte. Durante una hora permaneció en su cuarto en concentrada meditación; luego, tecleó un número largo que se sabía de memoria y mantuvo una breve conversación en japonés. Unos minutos

más tarde sonó el teléfono y, durante un rato, habló en francés. Luego consultó su reloj y salió a comprar un periódico y a tomar una cerveza.

Aunque Dallas era una personalidad bastante conocida en América y Gran Bretaña, aquí se sentía cómodamente en el anonimato. Los australianos no se dejaban impresionar fácilmente por el dinero de un play-boy y, en cualquier caso, la estancia en la clínica le había dado un aspecto general desaseado y una barba de un mes. Estaba impaciente por tomar una cerveza de verdad y ponerse al día de los acontecimientos sin que nadie le molestara. Compró un periódico sensacionalista de Londres y buscó un bar adecuado.

Había varios establecimientos cerca del hotel en un radio de un par de calles; sin embargo, ninguno parecía muy seguro. Su amor por la aventura no llegaba hasta el punto de querer convertirse en el blanco de unos rateros o chalados, así que atravesó la ciudad en dirección a la zona Rock. Allí la cerveza era más cara, pero no tenías que sentarte con la espalda contra la pared para bebértela.

Era pleno día, y Dallas Barr aparentaba ser más fuerte de lo que él se sentía, de modo que nadie le ocasionó problemas más allá de la oferta ocasional o el desafío gritado en voz alta. Descubrió un bar de clase media-alta con una interesante decoración —Art Deco Americano de mediados de 1930— y el portero le dejó pasar por sólo diez dólares.

Se abrió paso entre la mezcla de cristal y cromo de las mesas, desocupadas en su mayor parte, en dirección a la barra, donde realizó su pedido y extendió el periódico.

Ni siquiera llegó a leer los titulares. Mientras la camarera le servía la cerveza, un hombre gordo se arrellanó en el taburete que tenía al lado.

—Señor Barr —afirmó; no era una pregunta.

Dallas suspiró y miró al hombre. El guardaespaldas no tenía que llegar hasta la tarde y, probablemente, no sería gordo.

—No le conozco —dijo, dándose cuenta de que el holgado y arrugado traje del hombre podría ocultar una o dos armas grandes.

Midió la distancia que había hasta su tráquea al tiempo que tensaba la mano derecha. Ya le habían secuestrado con anterioridad.

—No espero que lo recuerde. Nos conocimos en Chicago —bajó la voz—. Hace setenta años.

Dallas dio a la camarera un billete de cinco y le dijo que se quedara con la vuelta. Tomó un sorbo de cerveza negra y fuerte y estudió el rostro del inmortal.

—¿En la conferencia?

—Así es. Por entonces, usted era Andric.

La conferencia de Chicago había sido una de las últimas reuniones anuales antes de que el Bombardeo de Singapur acabara con esa costumbre. Varios miles de inmortales en un mismo lugar resultaban un blanco tentador.

—Si se trata de una petición, está siendo un poco prematuro —los inmortales solían pedirse dinero prestado, aunque con sumo cuidado; ése había sido el propósito de la llamada de Dallas a Japón—. Debe saber que acabo de salir de la clínica.

Asintió.

—Yo mismo llevo únicamente un año fuera —notó la mirada de Barr y se pellizó un enorme trozo de grasa—. No es de verdad. Un implante de goma-espuma y una coloración protectora.

—Me alegra saberlo.

—Vamos a tener una reunión.

—Yo ya no asisto a las reuniones.

—Lo sabemos. En esta ocasión, debe hacerlo.

La camarera se le acercó para traerle otra cerveza. Dallas aguardó hasta que se retiró y no pudo escucharle.

—¿Quiénes son «nosotros»? ¿Usted y su implante?

—No tenemos ningún nombre. Sólo somos un grupo que se reúne aquí y allí. Aproximadamente cada tres me-